



Iglesia Episcopal en Colombia
Comunión Anglicana

www.iglesiaepiscopal.org.co



GLOBALIZACIÓN Y DESAFÍOS DE LA COMUNIÓN ANGLICANA EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

Revdmo. Don Sebastiao Armando Gameleira Soares
Obispo de la Diócesis Anglicana de Pelotas – Río Grande do Sul – Brasil

Hermanos y hermanas,
en la fe en Cristo y en nuestra comunión fraterna

EXPLICACIÓN PREVIA

Me tomé la libertad de formular una alternativa al título propuesto para esta conferencia. Por todo lo que he sentido, pensado y leído con respecto al tema, estoy convencido de que la llamada “globalización” no pasa de un mito, promovido mediante mecanismos ideológicos, para convencer a los pueblos de su verdad.

La GLOBALIZACIÓN sería el supuesto proceso actual de unificación de la sociedad mundial, mediante la autonomía y la apertura del mercado en todas las direcciones, que tendría como consecuencia la intensa intercomunicación cultural, de naciones, asociaciones y personas. Una de las principales condiciones de ese proceso sería el perfeccionamiento de los medios de comunicación, lo que posibilita una “revolución” en el sector de la información, la cual pasa a ocupar un lugar central en el campo de la Economía. Estaríamos, así, en una fase cualitativamente nueva, hasta definitiva, de la historia humana, razón por la cual algunos llegaron a hablar del “fin de la historia”.

Ahora bien, esa imagen, construida en los centros financieros del poder mundial y divulgada por discursos políticos oficiales y por las agencias de la propaganda, particularmente a través de los canales de televisión y de la Internet, no corresponde a la verdad de la realidad. Es solamente un mito y, como tal, una ideología, en el sentido que Carlos Marx le daba a ese término. Es decir, un discurso o imagen forjada para ocultar y enmascarar lo que sucede de hecho y, por consiguiente, legitimar ante los ojos de los pueblos los sistemas de poder vigentes. Seguir usando el vocabulario de la “globalización” es en verdad, sin darnos cuenta, aceptar la propuesta simbólica de los poderosos del mundo, de extender un velo por encima de los mecanismos de la opresión, tan antiguos como los diferentes imperios, agentes diabólicos de la deshumanización, como se puede ver en las sugestivas descripciones de los textos apocalípticos de la Biblia.

La tarea de la Iglesia Cristiana es anunciar “la Palabra de la Cruz”, como nos dice el Apóstol San Pablo, para, de ese modo, “revelar”, arrancar los velos bajo los cuales se desea ocultar los mecanismos de

crucifixión que se imponen sobre los pueblos. En verdad, lo que tenemos no es “globalización”, pues ésta supone transversalidad, reciprocidad, relación “ecuménica” (la tierra como casa común, donde todos los pueblos se dan lugar para permanecer) en el uso y conservación de los recursos del planeta en beneficio de la vida. Para que se pudiese hablar de “globalizar” el mundo, se debería tratar de un proceso por el cual la amplia diversidad de los pueblos estuviese convergiendo en el sentido, no de la uniformidad impuesta, sino de la “comunicación” progresiva recíproca, constructiva de la unidad de un sistema mundial, económico, político-militar y cultural, lo que para muchos era la utopía de las Naciones Unidas. Lo que tenemos, en verdad, es lo que ya hemos tenido – los franceses dirían “*dejà vu*” – desde el apareamiento de los sistemas imperiales. Vivimos apenas en una nueva y sofisticada fase del IMPERIALISMO. Lo que cambia son sólo los medios de opresión y el desarrollo de los mismos, como instrumentos de imposición de la hegemonía. Y cuando la hegemonía ideológica ya no es suficiente, se apela, como siempre se ha hecho, para el lenguaje de las armas, aparentemente eficiente; sin embargo, no siempre es “eficaz”. Vietnam, Palestina e Irak son demostraciones típicas de esa distinción.

Al mirar el panorama internacional, no podemos dejar de pensar en la desoladora sucesión de los imperios: Egipto, Asiria, Babilonia, Persia, el Helenismo, La *Pax Romana*, el Sacro Imperio Romano-Germánico, los Reinos Ibéricos que abren la era colonial moderna, el Imperio Británico, la *Paz Americana*... ¿Dónde radicaría la novedad? En el estado actual del imperialismo, la novedad solamente es “cuantitativa”, o sea, el alto nivel tecnológico de la producción y la distribución, que permite intensificar y acelerar los procesos y los instrumentos por los cuales operan los sistemas de poder, ahora en un ámbito realmente mundial. Se aceleran los procesos de comunicación e información, que siempre fueron esenciales para los imperios, como se vio en el avanzado sistema vial patrocinado por Roma en su tiempo de gloria; se expande el capitalismo a escala mundial, como sistema de producción y de valores culturales; la voluntad de los centros de poder se impone por medio de la ideología, por mecanismos políticos o por las armas. ¿Dónde estaría la novedad “cualitativa”?

William Rivers Pitt, intelectual estadounidense, caracteriza bien el tema: “La nación americana ha conocido, desde sus orígenes, tres etapas de la evolución imperial. Cada fase ha alimentado la fase sucesiva y las tres nacieron y crecieron con la guerra”. Y prosigue indicando cada una de esas fases. La primera comienza al final de la guerra civil, con la guerra contra México, dándose el inicio entonces del “complejo militar-industrial”. La segunda se da a partir de la entrada en la Primera Guerra Mundial (2 de abril de 1917), y llega al apogeo con la victoria en la Segunda Guerra y la llamada “Guerra Fría”, “una lucha mortal entre dos imperios combatida en todo el planeta”, y que se extendía desde Berlín hasta Corea, Vietnam, Laos, Camboya, Angola, el Sinaí, y más allá. “Los comerciantes de armas, rusos y americanos, invadieron el mundo con millones de armas convencionales proporcionadas a los aliados que combatían por ellos”. Ellos mismos buscaban reservarse el derecho de construir armas nucleares. La Transición de la segunda a la tercera fase se dio lentamente. Los pasos significativos fueron la derrota en Vietnam, las crisis del petróleo y, simbólicamente, la victoria deportiva contra Rusia el 2 de febrero de 1980. El nuevo “movimiento conservador” ha sido importantísimo; en éste se combinan estrechamente el nacionalismo y el cristianismo evangélico fundamentalista. Se dio la caída del bloque socialista y el gobierno de Reagan con el enriquecimiento de las corporaciones y

la destrucción de la red de asistencia social construida por Roosevelt. Una de las consecuencias fue el fortalecimiento de la combinación “industrial-militar-petrolífera” que “se apoderó del 99% de los medios de comunicación social, los cuales garantizan la publicidad continua del imperio”. Vino finalmente el 11 de septiembre “para consolidar su supremacía” y, prácticamente, neutralizar cualquier crítica. Ahora “es ampliamente difundida la idea de que América se encuentra comprometida en una guerra santa” (cf. “La Tercera Fase del Imperialismo Americano”, en *NOTIZIARIO DELLA RETE RADIE RESCH*, 69, año XXIII, septiembre 2005, pág. 33-36). Hace varios años fueron divulgados los resultados de los estudios encomendados por el entonces presidente Lyndon Johnson, los cuales decían que la paz sería un

verdadero desastre para la economía norteamericana. Son conocidos los trabajos de Michel MOORE, tanto sus escritos como trabajos cinematográficos de denuncia del imperialismo americano, así como de otros respetables intelectuales estadounidenses, como, por ejemplo, CHOMSKY, presencia cautiva en las asambleas del Foro Social Mundial.

¿Y por qué “América Afrolatindia” en vez de “América Latina y el Caribe”?

Es que “América Latina” es el nombre simbólico de nuestra perenne alienación. “América” sólo recuerda y homenajea a Américo Vespucio, personaje oscuro que nuestro pueblo ni conoce. “Latina” sólo resalta la invasión, la subyugación y el dominio colonial a los que fuimos sometidos por las potencias coloniales ibéricas. ¡Qué tragedia, hasta el día de hoy nuestro nombre es la síntesis simbólica de nuestra identidad de pueblos oprimidos! Nuestro nombre es el resumen de una ideología que se nos ha impuesto a lo largo de cinco siglos, nuestro continente siempre abierto hacia fuera y no volcado hacia sí mismo, como lo ha denunciado magistralmente el uruguayo Eduardo Galeano, que acuñó la sugestiva imagen de un continente de “venas abiertas” que sangra. Difícilmente se podría regresar al “Aby Ayala” de los pueblos aborígenes, y “Amerindia” sólo resaltaría nuestra identidad originaria. Por ahora, no parece realista pensar en borrar del mapa el nombre “América”. Si aún no podemos eliminar el “sustantivo”, al menos agreguémosle un adjetivo que diga algo de nosotros. Del Caribe hasta América del Sur nuestros pueblos están indeleblemente marcados por África; los grupos aborígenes fueron llamados de “indios”.y ese término ya no parece fácil de sustituir; de cualquier modo, el elemento latino definitivamente hace parte de nuestra formación racial y cultural. Por lo tanto, es necesario inventar un nombre que hable de nosotros, de la complejidad de nuestra formación histórica y que no sea apenas el símbolo de nuestra alienación, nosotros, extraños a nosotros mismos. Las palabras no son neutras ni inocentes, ellas también son personajes en la arena de los combates históricos. El “verbo” es fruto del proceso de generación: “conceptum”, expresión especulativa e imagen de quien lo genera (cf. Jn 1,1). “América Afrolatindia” es una propuesta. Se acentúan los elementos “afro” e “indio”, el elemento “latino”, naturalmente permanece, pero no se le pone el acento. Además de eso, un nombre único, capaz de designar, en conjunto, el Caribe, América Central y América del Sur, tiene la ventaja de recordar la unidad fundamental de la “Patria Grande”.

GRAVES PROBLEMAS

Un grave problema que es como el telón de fondo de todo lo demás, es la mundialización del dominio “imperial” de los Estados Unidos de América, acarreado con eso la tentativa de universalizar sus intereses económico-financieros, su modelo de vida (cultura) y su sistema político, y eso es respaldado por el poder económico, su alto nivel tecnológico y su potente dispositivo militar. No podemos olvidarnos que buena parte de las empresas multinacionales tienen allí su origen y su sede, confundándose así, sus intereses con los del estado norteamericano. De esa “vocación” (“destino manifiesto”) de los Estados Unidos de América se desprende una especie de dogma que no siempre se proclama: el derecho a romper unilateralmente fronteras: económicas, políticas y culturales, mediante mecanismos de imposición, si es necesario militar, como se ha visto en las Américas, en Afganistán, en Irak. Se habla de la “globalización” como apertura de fronteras, el conocido proyecto del ALCA ha sido una tentativa en esa dirección. Sin embargo, además de la capacidad del más fuerte de imponer sus intereses, se defiende apenas la libre circulación del capital, mientras se levantan cada vez con mayor solidez las barreras contra la libre circulación de las personas, con rígidos controles y hasta persecución contra la migración, lo que ha incentivado intensamente la migración clandestina, haciendo que crezca el riesgo personal de quien se dispone a enfrentar tales amenazas (inseguridad permanente, clandestinidad, prisión, repatriación, humillación y hasta la muerte).

Se asume el progreso tecnológico como algo sin límites y como valor y principio autoevidente, perdiendo,

por eso mismo, su carácter de medio y funcionando, en la práctica, como fin en sí mismo. No se pregunta por los fines y las necesidades humanas que se van a satisfacer, ni por los recursos disponibles para eso y sus límites. Se hace el proceso inverso, se crean necesidades para que las personas se sientan impelidas a consumir lo que se produce. En gran parte, es esa justamente la función de la información, la comunicación y el mercadeo, crear y promover necesidades, con la ayuda de procedimientos científicamente probados, secundados por especialistas en diferentes áreas de las Ciencias Humanas, comenzando por la Psicología. Además de eso, el desarrollo, así comprendido, tiene un efecto tan devastador en la Naturaleza y tiene consecuencias tan graves sobre el medio ambiente, que pone en riesgo la propia sostenibilidad y presevación de la vida en el planeta. Es significativa la negación del Gobierno de los Estados Unidos a firmar el “Protocolo de Kyoto” para reducir la emisión de gases contaminantes.

La automatización en la agricultura y en todo el sector primario, en la industria, el comercio y los servicios, reduce cualitativamente la necesidad de mano de obra y transforma el desempleo en una condición permanente y estructural del modelo de desarrollo y de riqueza. A partir de ahí resulta un inmenso ejército de reserva de mano de obra, lo que posibilita la llamada producción parcializada y dispersa y, por consiguiente, los componentes de una misma máquina son producidos en diferentes países, dependiendo apenas de dónde resulta más barato producir cada pieza. Además de eso, el desempleo hace que el mercado informal crezca siempre más, con sus consecuencias en lo que se refiere a la inseguridad personal y familiar, el contrabando, la defraudación fiscal, la fuga del sistema de seguro social, los negocios clandestinos y la marginalidad.

El desempleo estructural es uno de los síntomas más evidentes de la exclusión social. Ya no se trata de ser “subdesarrollado” con la esperanza de desarrollarse. Ya no se trata de estar al margen del progreso, con la esperanza de ser integrado al proceso en un momento posterior. Ya no se trata de estar atrasado con relación al ritmo de los países “desarrollados” (tal vez sea mejor hablar de países “subdesarrollados”). Más bien se trata de ser innecesario, indeseable, excluido, “masa sobrante” en medio de los pueblos. No es difícil entender el absurdo que son las metrópolis modernas, el nivel creciente de violencia, sobre todo la urbana, la migración que siempre aumenta más, el narcotráfico y, en el extremo, el terrorismo.

Es más que evidente que la deuda externa es el mecanismo moderno de explotación colonial. En primer lugar, teniendo en cuenta todo lo que se dio durante el dominio colonial sobre América, África y Asia, los países pobres ya han pagado de sobre la deuda. Basta pensar en la tragedia humana y económica de África; en el oro y la plata de América, y la destrucción de culturas enteras... En segundo lugar, los recursos desviados para el pago de los intereses de la deuda son lo que se deberían estar invirtiendo en infraestructura básica, en salud pública, en educación, en viviendas, en seguridad alimenticia, en seguridad social, en seguridad pública. Finalmente, el hecho de que es impagable hace que la deuda se convierta en un mecanismo permanente para extraer recursos para financiar la economía de los países acreedores, tanto por medio de sus propios Estados, como por medio de las empresas “transnacionales”.

Todo lo anterior y la autonomía del mercado, como base del sistema económico-financiero, debilitan los Estados nacionales, que se convierten en rehenes de los países económicamente más fuertes y, sobre todo, de la economía norteamericana. En su alianza con el Imperio, las empresas multinacionales se transforman en los órganos más poderosos que gobiernan al mundo. Basta pensar que los movimientos de una bolsa de valores puede, en un día, llevar a un país a la quiebra y que las fluctuaciones en el cambio o en el aumento de la tasa de intereses pueden ser profundamente nefastas para la economía de muchos países. En conflicto con los Estados que quieren defender los intereses de sus pueblos, cualquier empresa grande puede, de repente, apelar a la llamada “operación-salida” como instrumento de presión, y resistir puede ser catastrófico. Esto muestra bien hasta qué punto los Estados son rehenes del capital internacional. El “dogma de fe” de que los intereses egoístas de cada cual necesariamente confluirán en el

sentido del bien (salvación) colectivo, por obra “misteriosa” de la “mano invisible”, como una especie de “gracia” imponderable, no se ha comprobado en la práctica, muy por el contrario. En realidad, el mercado no ha sido tan autónomo como se proclama, basta considerar los famosos subsidios, las barreras fiscales y de fronteras y los controles y privilegios gubernamentales, al punto que las empresas estatales nuestras han sido “privatizadas” para caer en las manos de empresas estatales de países ricos... Y las consecuencias sociales de esa famosa autonomía del mercado son más que evidentes en nuestros países.

Es común decir que el llamado Socialismo Real fracasó y que eso muestra el éxito del Capitalismo. Ahora bien, ¿qué estamos viendo? La situación social del mundo muestra bien el fracaso de la economía capitalista en lo que se refiere a la atención de las necesidades humanas básicas. Además de eso, el sofisticado progreso al que asistimos está reservado para pocos, y sólo se mantiene al precio de la exclusión social de innumerables multitudes y sólo se preserva mediante el “saqueo” de los recursos naturales y la guerra. Al mismo tiempo en que el Imperio se expande, se radicalizan y se profundizan los problemas, adquiriendo así, una dimensión mundial.

Un ejemplo concreto y simbólico es el automóvil, uno de los “íconos” más típicos de la llamada civilización del “progreso”. Toda la propaganda propone como ideal tener un automóvil particular, y de ser posible, cada persona. Pues bien, esto demuestra el impase en el que nos encontramos. Primero, porque ese ideal es inaccesible para la mayoría de la población. Después, porque si lo fuera sería peor aún. Imaginemos el nivel de demanda del petróleo, el nivel de contaminación del aire, los problemas de tráfico, que incluyen los embotellamientos y los accidentes mutiladores y fatales... El automóvil es una “imagen” del hueco sin salida en el que está encerrado el sistema industrial contemporáneo. En términos teológicos, uno de los ídolos característicos de nuestro tiempo, y los ídolos siempre exigen sacrificios sangrientos.

Lo que el mundo entero pudo ver recientemente de lo que sucedió en Nueva Orleans puede tomarse como un retrato típico del “éxito” del sistema capitalista. ¡El país más rico, la mayor potencia económica y militar de la historia, es incapaz de responder a un fenómeno devastador de la Naturaleza, tan vulnerable como cualquier país pobre! ¡El tan celebrado “desarrollo” deja al descubierto sus entrañas ocultas! Elevado saldo de muerte, personas caminando lentamente, atascadas en aguas contaminadas por las alcantarillas y cadáveres sin sepultar. En las pantallas de la televisión desfilaron personas mayores, gente blanca pobre y, particularmente, familias negras cargando a sus niños, en el rostro llevaban estampadas la desolación y la incertidumbre del futuro. ¡El vivo retrato del “éxito”!

¿PERSPECTIVAS?

Los analistas de la situación nos han señalado algunas pistas a través de las cuales se pueden entrever posibilidades de crítica y de superación futura del sistema.

El eje parece desviarse del productor hacia el consumidor y, de ahí, en adelante, la importancia decisiva de la toma de conciencia colectiva de los derechos del consumidor, con el fortalecimiento de los movimientos organizados de presión sobre las empresas productoras y distribuidoras.

El empeoramiento de la problemática ambiental podrá llevar a las poblaciones a asumir con más determinación la defensa de la sobrevivencia humana y la defensa de la vida como derecho fundamental. Eso tendrá un significado por encima del crecimiento de la conciencia ética de los pueblos, que deberá traducirse en organización y movilización.

No obstante desde el punto de vista económico y financiero, los indicadores apuntan hacia una situación

realmente precaria de la mayoría de la población mundial, en realidad se ve una mejoría en los indicadores de bienestar social. Crece, por ejemplo, el nivel de escolarización y de la salud, y hasta de la alimentación. Los analistas se preguntan lo siguiente: con más instrucción y más acceso a la información, con más salud y mejor alimentada. ¿No podrá llegar el momento en que la población decida exigir más? ¿No estamos caminando hacia un momento de crisis promisoria?

Se percibe cada vez más que el debilitamiento del Estado sólo favorece los intereses de las poderosas empresas transnacionales y de sus países de origen o sedes de sus matrices. También es más clara la falacia de la “autonomía del mercado”, base “dogmática” del liberalismo. Ahora, la consecuencia obvia es que el fortalecimiento del Estado nacional es una condición imprescindible para la defensa de los intereses de la población, sobre de aquella que se siente siempre más excluida de los beneficios del llamado desarrollo. Sin embargo, al Estado no le queda una salida a no ser su íntima asociación con las organizaciones de la sociedad civil, lo que significaría, en verdad, el fortalecimiento de la base social del Estado, paso importantísimo en el sentido de la democratización de las estructuras políticas y del propio aparato estatal.

Además de eso, es decisiva la articulación de los Estados nacionales con los demás en la formación de los bloques regionales, como lo que se ha visto en el proceso, parcialmente exitoso de la Unión Europea. En nuestra América aún estamos gateando, desde los sueños de Bolívar, en lucha contra particularismos caudillescos, intereses de las élites o grupos cerrados, y en algunas ocasiones solamente familiares, asociados al capital internacional, nacionalismos estrechos, rivalidades regionales que sólo nos debilitan mientras seamos pueblos con un mismo destino. Sin esa articulación transnacionalmente. La CEPAL, la ALALC, el Pacto Andino, el Mercosur, el ALBA... ¿cuándo vamos a “despegar” realmente con una conciencia clara de que nuestros pueblos exigen y esperan estructuras de articulación continental, las únicas que nos pueden defender eficazmente?

Es verdad que asistimos a un debilitamiento del Estado-nación, no sólo en los países pobres, sino hasta en los mismos países ricos, con el desmantelamiento del llamado “Estado de bienestar social”, construido durante largos años en Europa por la Social Democracia. También ahí el aparato estatal es puesto al servicio de los intereses de las empresas transnacionales, dicen que más o menos, alrededor de trescientas. Pero, al mismo tiempo, cuando el propósito del imperio es nivelar a los pueblos, imponer a todo el mundo una única cultura masificada y alineada, la “única lengua” de Babel (cf. Gn 11, 1-9), se percibe el fenómeno creciente de diversidades regionales y de afirmación de culturas particulares. Ese, por ejemplo, es un hecho evidente en la Unión Europea, donde diversos pueblos han reivindicado su autonomía regional, movidos justamente por sus particularidades culturales, sugiriendo así, una nueva “geografía”, que se basa menos en los países”, y más en los “pueblos”. Algo de eso se ha visto en los múltiples y sangrientos conflictos africanos, cuya raíz es la constitución artificial de los países, herencia del colonialismo, por el cual, en muchos casos, el mismo pueblo se encuentra dividido por líneas arbitrarias como fronteras.

Por un lado, el formidable progreso de las técnicas de información constituye un poderoso instrumento al servicio del sistema dominante y, como tal, una amenaza peligrosa. Basta pensar en la transferencia diaria de billones de dólares sólo con presionar las teclas de la computadora... Sin embargo, al mismo tiempo, podrá ser un medio importantísimo de articulación, organización y movilización internacional, formando redes de información de denuncia y de resistencia, teniendo así, el poder de influenciar decisivamente en la formación de una nueva conciencia de la ciudadanía transnacional y hasta mundial.

De ese panorama de incipientes posibilidades que se les ofrece a las poblaciones del mundo, se percibe una novedad cualitativa de nuestra época. Nunca como hoy el destino de la humanidad y de la propia vida en el planeta estuvo de manera tan decisiva en las manos de la llamada sociedad civil. Es más que

evidente que los poderosos del capital no quieren cambios profundos que lleven a la transformación del sistema actual. Para convencerse de eso, basta prestar atención a las sucesivas reuniones del Foro Económico de Davos, que es principalmente un palco para los grandes negocios. Lo mismo se ha visto en los encuentros del G8. Los gobiernos también, en parte, no desean transformaciones radicales, pues están íntimamente comprometidos con los intereses del capital o tienen la cultura del capitalismo. O ya se sienten impotentes para escapar de la camisa de fuerza, muy bien tejida por los países ricos y por las empresas transnacionales. A los pueblos les falta madurar colectivamente en la conciencia de su responsabilidad ética y política y asumir las riendas de su destino, organizándose, cada vez más, como sociedad civil, formulando proyectos alternativos en dimensión transnacional y buscando imponer a los gobiernos su voluntad, a través de mecanismos democráticos de manifestación popular. ¿Cómo se entiende que sólo en Madrid hayan salido a la calle dos millones de personas para protestar contra la guerra en Irak, y el gobierno español anterior no haya tenido reparo en enviar tropas? Lo mismo sucedió en Roma y en otros lugares. ¿No es necesario encontrar una manera de superar esa impotencia de los pueblos frente a los que los gobiernan, los cuales, paradójicamente, son elegidos por esos mismos pueblos?

Estamos, sin duda, en un momento cualitativamente nuevo de la civilización: la humanidad tiene en sus manos la responsabilidad de mantener la vida en la tierra. Basta presionar un botón y accionar el arsenal que nos puede destruir veinte veces, como si no bastase una sola vez... Cada día que pasa más especies vivas son extinguidas. Los procedimientos industriales contaminan y envenenan los alimentos y sus fuentes básicas, el agua, el aire y la tierra. Ciertos recursos se van haciendo siempre más escasos, como los bosques y el agua, lo que ya está provocando terribles catástrofes. Ya estamos ante problemas debido a los significativos cambios atmosféricos y climáticos, y con sorprendentes calamidades “naturales”, sin hablar del famoso efecto invernadero y sus previsibles consecuencias en el futuro próximo. La humanidad ahora ya no solamente es responsable por determinados sectores de la vida, por su propia renovación y conservación. Crece así cualitativamente nuestra responsabilidad ética y política, ya desde nuestros comportamientos domésticos (el gasto del agua, la electricidad y el combustible; el uso racional y parsimonioso del automóvil; la escogencia de los alimentos; el tratamiento de la basura...) hasta nuestra actuación pública, a través de la participación en organizaciones de la sociedad y de nuestra relación con los organismos públicos, en vista de que se establezca el control social sobre las instituciones, ya sean estatales o privadas. Al contrario del antiguo mundo campesino, ahora es la Naturaleza la que, en gran medida, depende de nuestras decisiones. Se invierte así, la relación entre Naturaleza y cultura.

Además de todo esto, también tenemos señales de que el imperio, a pesar de la apariencia de hegemonía mundial, ya comienza a dar señales de estar amenazado. Rivers Pitt llama la atención hacia algunas de esas señales. Las armas convencionales que se entregaron a los “amigos” durante la Guerra Fría ahora están siendo usadas como fuego enemigo, así como los países útiles en aquel contexto ahora son factores de preocupación, como Irak y Arabia Saudita. El dólar está cayendo lentamente. Nuevas alianzas entre naciones como China, Rusia e Irán representan amenazas. El petróleo, “la verdadera moneda del reino”, se torna escaso y más caro. El extremismo “está fuera de control y de hecho está bien organizado y financiado”. El aparato militar no será capaz de eliminar todos los focos que se van encendiendo en todo el mundo. “La economía americana, alimentada durante sesenta años por el petróleo y por las guerras, corre el grave riesgo de ser derrotada por los dos” (Véase Idem, *ibidem*, pág. 36) (cf. Gilberto DUPAS, *Atores e Poderes na Orden Global*, San Paulo, Unesp, 2005, 319 pág; José COMBLIN, *O Neoliberalismo – Ideología Dominante na virada do Século*, colección Teología e Libertación, Petrópolis, Vozes, 2000, 187 pág).

DESAFÍOS DE LA IGLESIA

Sabemos que el primer y gran desafío de la Iglesia – lo que resume y abarca todos los demás – es sentirse y saber que es enviada a vivir y proclamar la Buena Noticia de la presencia del Reino de Dios entre nosotros. No se trata de inventar cualquier buena nueva, y sí de asumir como propia la tarea que las Escrituras atribuyen al profeta anunciador de la Liberación del pueblo, tarea que el propio Jesús asumió para sí mismo: el libro del profeta que anuncia la liberación del cautiverio, no por casualidad es el texto que sirve de base a los evangelios (cf. Is 40-55). Y proclamar la liberación es, necesariamente, intervenir en el juego de las fuerzas de la sociedad. La Biblia nos dice que “la Palabra de Dios fue dirigida por medio de Ageo” (Ag 1, 2);

Es decir, por su intervención. El kerigma cristiano es, por sí mismo, *martryria*, testimonio de vida. Eso significa que la proclamación del Evangelio se hace por gestos y palabras (cf. At, 1, 1),

Por la praxis histórica que nos hace entrar en conflicto mortal con los poderes de opresión y de muerte que se levantan contra los propósitos de Dios y pretenden dominar a las personas, grupos y pueblos. Según las Escrituras, se trata de la batalla del Señor contra las monstruosas fuerzas del Abismo que amenazan la creación (cf. Ex 3; Is 66, 7-24):

“Sube a un alto cerro tú que le llevas a Sión una buena nueva. ¡Haz resonar tu voz, grita sin miedo, tú que llevas a Jerusalén la noticia! Diles a las ciudades de Judá: ¡Aquí está su Dios! Sí, aquí viene el Señor Yavé, el fuerte, el que pega duro y se impone. Trae todo lo que ganó con sus victorias, delante de él van sus trofeos. Como pastor, lleva a pastar a su rebaño, y su brazo lo reúne, toma en brazos a los corderos, y conduce a las paridas”. (Is. 40, 9-11).

“Qué bien venidos, por los montes, los pasos del que trae buenas noticias, que anuncia la paz, que trae la felicidad, anuncia la salvación, y que dice a Sión: ¡ya reina tu Dios!” (Is 52, 7; leer hasta el versículo 12).

Esas fueron las palabras pronunciadas durante el exilio del pueblo de Dios en Babilonia, seis siglos antes de Cristo. Pero Babilonia no significa apenas referencia al pasado. En la Biblia es paradigma, como Egipto, de todas las fuerzas de la muerte, y por eso enemigas de Dios. De eso no cabe duda cuando se lee la meditación que las comunidades perseguidas por el imperio nos dejaron, tan viva, en el libro del Apocalipsis. La Iglesia es una corriente militante que combate contra los poderes de las tinieblas (cf. Ef 6, 10-17; Cl 2, 15), es la “conspiración de los testigos”, como le gustaba definirlos el eminente teólogo Carlos Barth.

Jesús se identifica claramente con esa tarea, al punto que la Iglesia del Nuevo Testamento ha tomado del mismo Libro de Isaías el término para designarla: “evangelizar”, “evangelio” (cf. Mc 1, 1. 14-15). Y Él mismo se define con aquellas palabras que en Isaías designaban al profeta de la Liberación. Es lo que vemos en el famoso texto de Lucas 4, 16ss, tomado de Isaías 61, 1-3.

¿Y cuáles son las señales que Jesús ofrece como indicadores de la presencia del Reino de Dios entre nosotros? Justamente aquellos gestos, ya anunciados por las antiguas profecías. Gestos de levantar del abatimiento a las personas y los grupos humillados, ruptura inaceptable ante los ojos de los poderosos del mundo (cf. Mc 2, 1-12):

“Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos se despiertan, y una buena nueva llega a los pobres. Y ¡dichoso aquél para quien yo no soy un motivo de escándalo” (Lc 7, 22-23; cf. El Cántico de María, Lc 1, 46ss).

Para Jesús era evidente que, a través de ese camino, era posible cambiar la situación de los necesitados y

oprimidos.

“Felices ustedes los pobres, porque de ustedes es el Reino de Dios.
Felices ustedes los que ahora tienen hambre, porque serán saciados.
Felices ustedes los que lloran, porque reirán” (Lc 6, 20-21).

Al decirle a los sufridores del mundo: “¡Avante!, traducción bien probable del original en arameo, tenía clara conciencia de que así se instauraba un conflicto radical en el seno de la sociedad. O mejor, se revelaba, sin subterfugios o máscaras, sin “velos”, el conflicto permanentemente presente en las estructuras de opresión, propias del imperialismo:

“No piensen que he venido a traer paz a la tierra; no he venido a traer paz, sino espada (Lucas dice “división”). Pues he venido a enfrentar al hombre contra su padre, a la hija contra su madre y a la nuera contra su suegra. Cada cual verá a sus familiares volverse enemigos”
(Mt 10, 34-36; Lc 12, 51-53).

“Felices ustedes si los hombres los odian, los expulsan, los insultan y los consideran unos delincuentes a causa del Hijo del Hombre” (Lc 6, 22).

“¡Pobres de ustedes los que ahora están satisfechos, porque después tendrán hambre!
¡Pobres de ustedes los que ahora ríen, porque van a llorar de pena!
¡Pobres de ustedes, cuando todos hablan bien de ustedes, porque de esa misma manera trataron a los falsos profetas en tiempos de sus antepasados!” (Lc 6, 25- 26).

La Iglesia tiene que darse cuenta que está en medio del fuego cruzado de ese conflicto que es la realidad histórica vivida cotidianamente por el pueblo de Dios, y que es señal de su autenticidad (cf. At 17, 6-7).

Sobre el telón de fondo de ese desafío mundial es que debemos proyectar todos los otros, pues no son más que sus explicaciones particulares.

1. El desafío de ser una comunidad mundial

Como fue dicho anteriormente, la fase actual del imperialismo nos exige que tomemos conciencia de nuestra *ciudadanía transnacional* y actuemos consecuentemente.

Ahora bien, si la agenda de la sociedad nos impone pensar y actuar cada vez más en redes transnacionales, tenemos una gran ventaja. Somos una Comunidad mundial con probada experiencia de articulación y solidaridad, a través de nuestros “instrumentos de comunión”, de diversas comisiones internacionales interanglicanas y ecuménicas, a través de relaciones bilaterales entre provincias, de Compañerismo en Misión entre diócesis y hasta entre congregaciones locales, sin hablar de las diversas redes como la de la familia, la de la pastoral urbana, etc.

En este campo, es urgente que pensemos en nuestra articulación como Iglesia de la América Afrolatindia. Los pasos en este sentido aún son menos que incipientes. No nos conocemos y ni nos encontramos. ¿Cómo pensar que podemos, como Iglesia, dar testimonio e influir significativamente en el proceso de integración del continente y del Caribe? Una de las pocas ocasiones en las que algunos de nosotros nos encontramos y conversamos es en la reunión realizada antes de la Conferencia de Lambeth. Posteriormente, las oportunidades han sido rarísimas. Una de las pocas instituciones que nos reúne es CETALC, pero aún así, en torno a un foco de intereses bastante restringido. Deseo reconocer públicamente el mérito de convocarnos para este Congreso, ocasión privilegiada de encuentro, para

compartir y de proyectos para el futuro.

Es verdad que somos Iglesias pobres y pequeñas, con muy pocos recursos en una región tan vasta. Pero no por eso debemos quedarnos paralizados, Si estamos convencidos de esa necesidad, llegaremos a encontrar la manera de hacerlo. Para muchas cosas no será necesario organizar viajes reuniones o congresos. Bastará, quien sabe, tener disposición y creatividad, y será posible establecer mayor comunicación, y podrán surgir redes entre nosotros, al utilizar los modernos medios de comunicación e información.

Con la energía de la fe y el compromiso, tendremos que enfrentar una dificultad que afecta nuestra propia mentalidad: el sentimiento nacionalista tantas veces estéril y las distancias sociopsicológicas entre nuestros países, que sólo sirven a los intereses divisionistas y conservadores. Merece particular atención la relación entre la Provincia de Brasil y las demás provincias, pues allí tenemos un agravante para esas dificultades, o sea, la barrera de la lengua y la separación geográfica generada por el hecho de que la civilización brasileña se desarrolló preponderadamente en la costa Atlántica. Tenemos entre nosotros el bosque...

El proceso de articulación e integración será fundamental para fortalecer nuestra presencia en la Comunión Anglicana como un todo. Aún en la actualidad, el propio origen y la matriz del Anglicanismo les dan a algunas personas, la sensación de que somos un “accidente” en la Comunión. En realidad, el vehículo inicial de la difusión de la “Iglesia de Inglaterra” fue la expansión colonial del imperio Británico. Fue natural, en consecuencia de eso, que el Anglicanismo se difundiese en África, en partes de Asia y en el Caribe. En la llamada América Latina fue necesario hacer misión y, no por casualidad fue promovida por la Iglesia Episcopal de los Estados Unidos de América, y no por la Iglesia de Inglaterra. Actualmente somos, casi en su totalidad, provincias autónomas, que más bien viven en una condición de relativa marginalización. Con excepción de algunos lugares en el Caribe, nuestros pueblos no hablan inglés y no tuvieron la experiencia de hacer parte de una unidad que fue el Imperio y, después, el “Commonwealth”. Hasta el día de hoy, aún no se ha resuelto el problema de que los documentos oficiales anglicanos se publican solamente en inglés. Un ejemplo concreto es que ninguna sección del “Anglican Episcopal World” está en español. No se trata de responsabilidad de afirmarnos como miembros plenos de la Comunión Anglicana, trayéndole nuestra marca e identidad, y nuestra propia contribución. Para esto, la articulación continental y la integración son supuestos fundamentales, pues el aislamiento y la división sólo nos debilitan y desmerecen. ¡He ahí el desafío!

2. El desafío del Reino de Dios

El gran peligro para la Iglesia es colocarse en el centro de su propio sermón. Sabemos que Jesús no lo hizo. No se colocó en el centro. Para Él, el centro era el Reino de Dios: “El tiempo se ha cumplido, el Reino de Dios está cerca. Cambien sus caminos y crean en la Buena Nueva; cambien de vida desde lo más profundo de vuestros sentimientos y pensamientos, y vean en el Evangelio - ¡el anuncio de la victoria de Dios que manifiesta Su Reino mediante la liberación del pueblo – la base firme de vuestra vida!” (Mc 1, 14-15). El papel de Jesús como Profeta, sin duda, es central, y más como señal e instrumento de la presencia y de la manifestación del Reino de Dios, su proximidad misericordiosa y redentora, se revelaba en la restauración de las personas, la restauración de la salud física y psíquica, de la dignidad, la alegría... restauración sobre todo de la condición de los pobres, comparada por los evangelios con algo tal inédito que es como si el mundo estuviera siendo recreado, la “nueva creación” (cf. Mc 1, 9-13; Lc 3, 23-38; Jn 1,1):

“El Espíritu del Señor está sobre mí. Él me ha unguido para llevar buenas nuevas a los pobres, para anunciar la libertad a los cautivos y a los ciegos que pronto van a ver, para despedir libres a los

oprimidos y proclamar el año de gracia del Señor” (Lc 4, 18-19; Is 61, 1-2).

La religión, por abarcar la totalidad y ser la legitimación suprema de la vida, tiende a colocarse en el centro. Somos seres religiosos, y la Iglesia Cristiana asume también ese aspecto de nuestra realidad y busca redimirlo. Pero debemos tener siempre mucha atención, pues la Iglesia no debe identificarse con su dimensión religiosa. La religión es la producción cultural de cada pueblo, aquella instancia suprema que apela a lo sagrado, en la búsqueda de la legitimación de nuestro modo de vivir. La religión es nuestra “obra”, proyección humana, en lo que llevó a los Padres de la Iglesia a llamarle “casta meretriz”, es portadora de la Palabra de Dios. Por eso, Carlos Barth insistía en distinguir “religión y “fe”, y nuestro gran teólogo Frederico Maurice llamaba la atención a la diferencia entre “Evangelio” y “religión”, El primero nos habla de la liberación en la historia, mientras que la segunda tiene su principio en el ser humano y termina en un sistema que ordinariamente tiene el poder de esclavizar (cf. Jaci MARASCHIN, *Iglesia a Gente Vive – uma introdução ao pensamento de Frederick Denison Maurice*, Porto Alegre, 1991): “Todas las religiones que creamos, no importa el nombre que tengan, son tentativas miserables y mutiladas de moldear a Dios a nuestra imagen, no obstante los fragmentos de verdad que puedan tener. Además, tales fragmentos comprueban que nosotros fuimos formados a imagen de él” (Ibidem, pg. 103-4). Hoy somos capaces de reconocer cuánta razón había en la crítica de Carlos Marx, cuando denunciaba la religión como una tentativa ideológica de legitimar la alienación social y política.

El Evangelio nos dice claramente cuál es el tema central que califica nuestra vida humana y nuestra vida delante de Dios. La pregunta divina decisiva no es sobre los sistemas religiosos, las doctrinas ortodoxas, los rituales o las instituciones. Más bien trata de nuestra posición ante Cristo en lo cotidiano de la historia: “Porque tuve hambre y ustedes me dieron de comer... cuando lo hicieron con algunos de los más pequeños de estos mis hermanos, me lo hicieron a mí... siempre que no lo hicieron con alguno de estos más pequeños, ustedes dejaron de hacérmelo a mí” (cf. Mt 25, 31-46). Antes de “confesiones de fe”, lo que importa son las “soluciones de fe”. Y es por eso que para Maurice la identidad más profunda de la Iglesia es ser “anamnesis”, o sea, memoria, revelación de aquello que el ser humano y el mundo, como tales, están llamados a ser según el propósito creador de Dios. La tradición católica habla de eso con la categoría del “sacramento”: “La Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea, señal e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (Constitución Dogmática sobre la Iglesia, *Lumen Gentium*, Concilio Vaticano II, n. 1). Nunca debemos olvidar que el acto sobrenatural por excelencia es el acto de amar, amar simplemente con nuestro “corazón de carne”. No existe “amor cristiano”, mucho menos “amor anglicano”, lo que existe es simplemente el amor humano, y ese es divino y la máxima revelación de que “somos de la raza de Dios” (cf. 1 Jn).

La Comunión Anglicana comprendió eso muy bien al formular las cinco Marcas de la Misión. Al anunciar las buenas nuevas, nosotros lo hacemos mediante “gestos y palabras”, anuncio y testimonio. Nace la Iglesia como comunidad de fe, nutrida por la Palabra y por las señales que manifiestan la presencia de Cristo por medio de los dones del Espíritu. Así se forma según Carlos Barth, “la conspiración de los testigos”. Y es que, según el pensamiento de Maurice, “la Iglesia existe para dar testimonio a todas las criaturas humanas de que el reino de Dios es la realidad última y que Dios gobierna la historia y constantemente la preside”. Por eso, la Iglesia, en primer lugar, existe para incentivar a cada ser humano a vivir plenamente en el mundo porque apenas en la plenitud de la vida humana es que aprendemos a creer” (Jaci MARASCHIN, *ibidem*. Pág. 113). En ese mismo sentido es que se desarrolla toda la reflexión de Dietrich Bonhoeffer, el famoso pastor luterano, maestro de la espiritualidad, mártir del nazismo. Es esa la base profundamente bíblica que lleva a formular las tres marcas siguientes: responder a las necesidades humanas con servicio de amor, luchar por la transformación de las estructuras injustas de la sociedad y conservar y renovar la tierra y los recursos

de la creación. La comunidad cristiana nace, se forma y se fortalece debido al servicio al mundo.

Hace algunos años, la Provincia de Brasil buscó resumir las cinco Marcas en tres grandes objetivos: CELEBRAR, TRANSFORMAR, SERVIR. *Celebrar* la gloria de Dios es el objetivo de la vida humana y de toda la creación, como lo vemos claramente en la Biblia. Pero no se trata simplemente de “cantar” elogios o de promover solemnes liturgias o de elevar suntuosos monumentos religiosos. En las Escrituras, la revelación de la gloria de Dios es Su propia obra que se mantiene íntegra, como leemos en el Salmo 19. San Irineo, en el siglo II, decía: “Gloria Dei, vivens homo”. La gloria de Dios es el ser humano en la plenitud de su vida. El Arzobispo mártir de El Salvador, Oscar Romero, lo tradujo para entenderlo en nuestro contexto y sentenció: “La gloria de Dios son los pobres” restaurados en su dignidad de seres humanos. Por eso, la manera de celebrar la gloria de Dios es estar en alianza con Él para dedicarse a *transformar* la sociedad, el compromiso político de la Iglesia es su liturgia más solemne (cf. Rm. 12, 1-2). Y nuestras liturgias sólo tienen sentido cristiano si son la expresión de un pueblo consagrado a la obra de Dios, a imitación de Jesús, conforme vemos en los gestos de restauración de la vida narrados por los evangelios (cf. Mt 12, 28; Jn 5 y 9). *Servir* es el método según el cual todo tiene que suceder en la Iglesia: el culto, la enseñanza, la comunión, la acción a favor del mundo. La “Diaconía” es nuestra propia identidad, marca obligatoria de todo lo que somos y hacemos, pues somos el Cuerpo del Profeta Siervo de Dios (cf. Mc 10, 42-45): diaconía de la liturgia, diaconía de la enseñanza, diaconía de la comunión fraterna, diaconía sociopolítica (cf. Sebastiao Armando GAMELEIRA SOARES, *Diaconía e Profecía*, en *Estudios Teológicos*, año 39, n. 3, 1999, pág. 207-230).

Uno de los mayores desafíos a la mentalidad cristiana actual, particularmente en una Iglesia, compuesta frecuentemente por pobres, pero moldeada por un “estilo de clase media”, es vivir la unidad profunda de fe, acción social y política. Pues la tentación, la herencia del dualismo antropológico de la cultura occidental, de raíces helénicas, es el paralelismo, que lleva, como máximo, a adoptar una ética individualista de ser “buen ciudadano” cumplidor de sus “deberes” legales. Cuando en realidad, no existen dos amores, amor de Dios y amor al mundo. Existe un solo amor “sobre todas las cosas y con todo el corazón”, a Dios, que se ejerce en el amor al mundo (cf. Mc 12, 28-34; 1Jn 4, 7-8. 11-16. 18-21). “Hay muchas maneras de amar al prójimo, pero una sola manera de amar a Dios, amando al próximo”. La acción social y la evangelización no son cosas dissociables. La acción social y la política son gestos por los cuales se señala la eficacia del Evangelio como anuncio prometedor de la victoria de Dios que afirma Su realeza mediante acontecimientos de liberación del pueblo (cf. Is 40, 9-11; 52, 7-12; 61, Iss). Toda la acción de Jesús se orientó por esa profunda unidad. Su obra era de restauración de la vida (cf. Jn 10, 10), y eso para Él equivalía al anuncio de la Buena Nueva del Reino (cf. Mt 12, 28; Lc 7, 22-23). La diaconía sociopolítica no es ejercer actividades de asistencia a favor de los pobres y, así, suplir las deficiencias del Estado o de otras entidades; es, más bien, operar mediante gestos significativos en cada contexto histórico determinado, para revelar la presencia de Dios entre nosotros, Dios que nos salva integralmente.

Si es así, si la Iglesia está destinada a ser señal e instrumento de la presencia del Reino de Dios, el desafío para nosotros es más que evidente. Nuestra tarea principal será ocuparnos cada vez más de las multitudes excluidas, las cuales, como vimos, son un resultado estructural del sistema vigente. No basta la “acción social”, no es suficiente “responder a las necesidades humanas con servicio de amor” y “cuidar de quien nadie cuida”. Es imprescindible que la Iglesia considere la *política*, no sólo como dimensión esencial, sino central de la fe bíblica. Es preciso comprender los mecanismos de la opresión y sus causas; es necesario ayudar a las personas a renacer por el sentimiento de la ciudadanía, manera concreta de sentirse hijo o hija de Dios, herederos de la creación y agentes de la historia; es preciso asumir con valentía la “lucha por la transformación de las estructuras injustas de la sociedad”. Existimos y somos dados al mundo para ser agentes de la política del Reino de Dios. ¿Será por casualidad que Dios revela Su misterioso nombre en el momento justo en el que convoca a Moisés a la

batalla divina para liberar al pueblo de la esclavitud? (cf. Ex 3). En eso tenemos que trabajar mucho, pues, desafortunadamente nuestra Iglesia no está politizada y aún le falta asimilar la mentalidad bíblica. La educación bíblica y la educación política son para nosotros dos desafíos conjugados. De hecho, la Biblia ha demostrado ser un poderoso instrumento para transformar mentalidades y convencernos de que realmente la política está en el centro de atención de Dios al mundo. En la sociedad democrática de hoy, la Iglesia, en nombre de Dios, se debe comprometer con las luchas sociales, en la vestidura de aquello que los sociólogos llaman de “grupo de presión”, junto con todas las fuerzas solidarias con personas, grupos, clases y pueblos oprimidos teniendo como objetivo un “nuevo tejido” social (cf. Mc 2, 21). Recuerdo al Che Guevara y a Fidel Castro cuando dijeron hace más o menos treinta años: Si los cristianos se adhiriesen a la Revolución, esa sería irresistible. Y el último, en una larga entrevista, declaraba que la misma tarea de la Iglesia, en la lucha de transformación, sería la de reeducar a las personas, pues para hacerlo necesitamos de una instancia entrenada en lidiar con lo íntimo de las conciencias humanas, una vez que se trata de librar una guerra mortal contra hábitos seculares y aún hasta nuestros propios instintos. En otras palabras, hablaba de la *conversión* radical.

3. El desafío de la inculturación

No podemos concebir nuestra tarea de diaconía sociopolítica como si la Iglesia fuese una especie de vanguardia en alianza con otros grupos de liderazgo del proceso de transformación social mucho menos una especie de “partido” que pretenda tomar el poder. Nuestra tarea, como la de Jesús, es profética y, por eso, es acción eminentemente pedagógica y popular. En el seno de nuestro pueblo, lo que tenemos que promover es la “pedagogía de la libertad”, para que las personas asuman verdaderamente su vocación de hijos e hijas de Dios, que se traduce en la condición de la ciudadanía (cf. Ef 2).

Eso exige que nosotros dialoguemos con los diferentes pueblos y culturas. Debemos excluir cualquier sentimiento de superioridad o de imperialismo cultural y aceptar radicalmente el pluralismo. De lo contrario, no seremos coherentes con el dinamismo del misterio de la Encarnación que está en el centro de nuestra fe. La Encarnación implica el límite, y Dios lo quiso así. La experiencia de Jesús de Nazaret, como experiencia del Hijo de Dios, es necesariamente limitada por ser humana e histórica. ¡Y mucho más la experiencia cristiana! Tenemos que completar nuestra experiencia espiritual, nuestra imagen de Dios, mediante el diálogo y debemos escuchar otras palabras que nos vengan de otros pueblos y de otras culturas. Al final, como decían los Padres de la Iglesia, el “semen del Verbo” está regado por toda la creación. ¿Y no es verdad que la creación entera está involucrada en el trabajo de parto para dar a luz al Cuerpo de Cristo? El Cuerpo Místico de Cristo se constituye de la humanidad entera. Más aún, según el Apóstol San Paulo, es el Cristo Cósmico, como diría Teilhard de Chardin (cf. Rm 8, 8, 18-25; Cl 1, 15-20; Jn 1, 1-4).

En la obra de evangelización no podemos transplantar y mucho menos imponer modelos ya preestablecidos. Tampoco se trata apenas de asemejar (“aculturación”) nuestros valores y normas, por parte de personas, grupos y pueblos de los cuales nos aproximamos. Más bien se trata de hacer nacer de nuevo la Iglesia, por obra del Espíritu, siempre en nuevos contextos culturales. Pues no somos nosotros quienes llevan a Dios a “pueblos no alcanzados”. Nuestra tarea es ayudar a “abrir los ojos” para que se perciba al Dios que está siempre presente como fuente de la vida y energía de salvación: YAVÉ, el-que-está-ahí (cf. Ex 3, 13-14), Emanuel, Dios-con-nosotros (cf. Is 7, 10-16).

En el caso de nuestra América Afrolatindia, se trata de preguntar si estamos dispuestos a entrar en un diálogo profundo con el mundo campesino y las periferias de las ciudades, con el mundo aborigen y el mundo negro. Y sí vemos con alegría la posibilidad de que el Anglicanismo adquiera nuevos rostros, e inéditos, a partir de esa alianza. Sí, pues se trata de una alianza, alianza solidaria con esos pueblos víctimas hasta hoy de la colonización. Nuestra opción por los pobres y oprimidos – que para nosotros es

mandato del Evangelio – tiene que aproximarnos siempre más de la “religión de los oprimidos”. ¡Qué vergüenza para el Cristianismo que, pasados quinientos años, aún no tengamos una Iglesia auténticamente aborígen, ni una Iglesia negra en nuestro continente!

Ese diálogo con las culturas oprimidas le presenta a la Comisión Anglicana un nuevo desafío.

Nuestro pueblo ha sido marcado en su formación histórica por el Catolicismo Romano. Un Catolicismo predominantemente devocional y santoral, con serios problemas en lo que se refiere a una genuina evangelización y, en gran medida, connivente con los mecanismos de opresión que aquí se instalaron. Para confirmación, lo que tenemos, finalmente, es un continente nominalmente cristiano y, al mismo tiempo, con uno de los más altos índices de crueldad y de injusticia en todo el mundo. En la actualidad, en el acelerado proceso de urbanización, se ve que las masas populares se desplazan en el campo religioso y se sienten particularmente sensibles al llamamiento del movimiento pentecostal.

¿No será vocación del Anglicanismo entre nosotros asumirse realmente como Iglesia-Puente? ¿Ser agente propulsor del diálogo ecuménico entre la tradición católica de la formación del pueblo las nuevas propuestas del campo evangélico? ¿Contribuir para aclarar los terribles equívocos de una larga historia de animosidad y enemistad? Y aún ayudar a la Iglesia cristiana a abrirse sin preconceptos a la cultura religiosa del pueblo negro y de los aborígenes y, así, ¿fomentar el debate fisiológico típicamente afrolatindio?

A pesar de nuestra pequeñez, pienso que Dios nos está llamando para responder a esta vocación: no dejar que se pierda la preciosa herencia católica de la experiencia cristiana, pero, al mismo tiempo, acoger las causas proféticas que se encuentran dispersas desde la Reforma, encarándonos en el contexto urbano de hoy y llevando en cuenta nuestras raíces culturales. Posibilitar la existencia de una Iglesia Cristiana Evangélica, hasta, quien sabe, fuertemente marcada por elementos pentecostales, pero, simultáneamente ecuménica, abierta a la tradición católica y enraizada en las matrices aborígenes y negras de nuestra gente. Nuestra Iglesia está llamada a ser testimonio de una manera de ser cristiano según la cual se mantenga la tradición, pero se avance en dirección a las formas siempre más “carismáticas”, comunitarias y democráticas; una Iglesia firmemente devota al testimonio de la Verdad del Evangelio, pero radicalmente marcada por su carácter pedagógico, no represivo en el trato hacia las personas y culturas diferentes; una Iglesia celosa de su identidad en Cristo, pero cuyo “ethos” se constituye precisamente por el “sentido de la realidad” y por la capacidad de diálogo, de inclusividad, de confluencia o comprensión, de “extender las tiendas” para acoger inclusive elementos culturales aparentemente extraños al Cristianismo histórico. ¿Nuestra vocación para la “catolicidad”, este continente, no nos impele a una nueva relación con el catolicismo popular, el pentecostalismo y las expresiones religiosas de las masas oprimidas, concretamente los pueblos aborígenes y afrodescendientes?

Eso, naturalmente, va a exigir de nuestro renovado entusiasmo misionero. En cierta ocasión me decía nuestro fallecido Obispo Primaz, Don Olavo Ventura Luiz: “La nuestra es una Iglesia tímida”. Vamos a tener que romper esa timidez y elaborar estrategias misioneras más “agresivas”, sobre todo en el ambiente de los grupos oprimidos: los campesinos, las periferias de las ciudades, los aborígenes y la gente negra. No se trata de proselitismo para reunir fieles de otras denominaciones religiosas. Nuestra Iglesia debe, con humildad y simplicidad, representar una forma alternativa de vida cristiana. Es bueno que las personas perciben que es posible ser “católico” integrando elementos importantes de la experiencia protestante, valorizando el ejercicio de la propia razón y la experiencia comunitaria de la Iglesia local, y teniendo a la disposición los mecanismos más democráticos del ejercicio del liderazgo; y que es posible ser “creyente” integrando la tradición católica, tantas veces ya presente en la propia experiencia personal, son rupturas arbitrarias con la cultura popular, ejerciendo el “libre examen” de

forma no individualista, sino comunitaria, eclesial y ecuménica, sin dualismo entre adoración y compromiso social, entre fe y política.

4. El desafío de la Liturgia

En el proceso de inculturación, la Liturgia ocupa un lugar particular. Esa deberá ser expresión e instrumento de nuestra comunión real y de la estrategia misionera. No podrá ser simplemente un “acto religioso”, más o menos mítico. Será celebración y confirmación del dinamismo evangelizador, el cual se concretizará mediante nuestros compromisos concretos a favor de la vida; tendrá que inculturarse en la realidad concreta de varios grupos y pueblos; tendrá que ser expresión de nuestra comunión incluyente y comprensiva. Tenemos que traducir “comprehensiveness” con dos vocablos: “inclusividad”, que es la acogida de las diferencias; y “comprensión”, abrazar las diferencias, no aislarse en paralelismos estériles, dejarse contagiar por los que no nos viene de otros, confluir para la unidad de la Iglesia. La Liturgia será como todo en la Iglesia, “anamnesis”, momento “simbólico” de reunirse con la realidad, tomar conciencia del sentido divino de la existencia humana en el mundo, conforme a la reflexión de Maurice.

Particularmente hoy, cuando el eje de las preocupaciones de la sociedad se desplaza hacia la dimensión cultural, la Liturgia aparece como uno de los mayores desafíos en la vida de la Iglesia. La Liturgia es “acción”, no apenas recitación de un texto. ¿Cómo expresar en la acción litúrgica lo que buscamos vivir como propuesta de Iglesia y de Sociedad? ¿Cómo testimoniar y fortalecer en la Liturgia una nueva manera de convivir colectivamente en el mundo, cómo celebrar un culto realmente “diaconal”?

En la Liturgia tiene que revelarse como un pueblo particular que cree y alaba a Dios con su propio modo de ser, con su propia “lengua”, con libertad y creatividad. El Anglicanismo de los orígenes es testigo vivo de eso. La Iglesia de Inglaterra tuvo, desde siempre, marcas muy peculiares: la Iglesia celta, comunidades en torno a los monasterios, una acentuada autonomía por la propia condición insular... Al declarar la autonomía en el siglo XVI, no pretendió romper con la tradición católica, sino que quiso afirmar la legitimidad de ser Iglesia particular, local, nacional, como había sido la práctica en la época patrística. Sabemos bien que la Reforma inglesa no fue doctrinal, sino política y litúrgica. Sólo seremos fieles a la intuición anglicana originaria, si le permitimos a varios grupos y pueblos esa misma experiencia de ser ante Dios un pueblo particular, que lo adora y proclama Sus maravillas en su propia “lengua” (cf. At 2), con libertad. Eso es profecía viva que denuncia toda pretensión imperialista o colonialista, ya sea religiosa, política o cultural. Una Liturgia plenamente inculturada a algo políticamente revolucionario, pues es contestación viva de cualquier sistema de dominación cultural. Es afirmación política, tan necesaria en estos tiempos de “pensamiento único”, de la dignidad de cada pueblo. Es denuncia viva del proyecto imperialista simbolizado en la Torre de Babel (cf. Gn 11, 1-9).

Durante la Conferencia de Lambeth 1998, era el día en que una de nuestras provincias debía dirigir el solemne oficio eucarístico. Después del culto, le comenté a uno de sus obispos: “Esperaba al menos algún toque típico de su país, sino en el ritual, al menos en la música”. La respuesta fue aún más sorprendente que la forma del oficio litúrgico: “No tenemos liturgia del país, tenemos apenas liturgia cristiana”. Él se olvidaba que todo lo que tenía había sido recitado, inclusive los himnos, aquello que llamaba “liturgia cristiana” era sólo una traducción del inglés.

En la Liturgia, la Iglesia tiene que revelarse como un pueblo alegre y jubiloso. Y la fuente de esa alegría es el entusiasmo de celebrar las maravillas hechas por Dios en la vida de cada persona y en los acontecimientos mayores de la historia colectiva de los pueblos, como lo vemos claramente en los salmos de la Biblia. Ahora bien, es la acción salvadora de los que confiere al pueblo el sentimiento de ser “elegido” (cf. Dt 7, 7ss), lo que no es un privilegio arbitrario, y sí una opción para asumir la

responsabilidad de la alianza en beneficio de todos los pueblos (cf. Is 49, 6; 2, 1-5), le confiere el sentimiento de dignidad y ciudadanía universal (cf. Ef 2). La vivencia litúrgica y eucarística es auténtica en la medida en que fortalece en las personas la alegre y desafiadora experiencia de la libertad, que transforma la conciencia para experimentar el mundo como herencia dada por Dios, su único Señor (cf. Gl 4 y 5). La Liturgia no puede ser un acto ritual de legitimación de la conciencia religiosa alienada y sin compromiso político. Tiene que ser estímulo y alimento para resistir con coraje los poderes de las tinieblas, confesión radical de fe en el único señorío de Cristo Señor (cf. Fl 2, 5-11), cántico de victoria, la imitación de la adoración celestial como se ve en la solemne Liturgia del Apocalipsis, con la relativación de todos los poderes mundanos. La dignidad y la altivez de la Iglesia de los Mártires nacían precisamente de esto: “Para nosotros, *sin embargo* (con ese término se expresa el conflicto con los poderes del imperio), reinando Nuestro Señor Jesucristo”. La Liturgia tiene que ser la expresión de instrumento privilegiado de construcción de la “politía”, término tan caro a Richard Hooker.

En la Liturgia, la Iglesia tiene que revelarse como pueblo fraterno, comunitario, pueblo en comunión que denuncia y desafía el sistema del mundo. La Eucaristía es profecía de “otro mundo posible”, fundado en la economía de compartir los bienes y gobernado por la repartición del poder. Si somos una Iglesia clerical, centralizadora, autoritaria, nuestro culto lo reflejará. Si somos una Iglesia sin compromisos, alienada, o peor, clasista y de prejuicios, nuestra liturgia manifestará fácilmente nuestro elitismo y máscara ideológica. Si somos una Iglesia con vínculos comunitarios débiles, así será nuestra adoración, en la cual una masa más o menos informe prestará su culto a Dios, pero no será “opus Dei”, participación en la experiencia del Hijo. Si somos Iglesia que no está dedicada al servicio de la vida del mundo, fácilmente se podrá percibir en la Liturgia cuáles son nuestras preocupaciones y cuál es el nivel de nuestra alienación.

Todo en la Liturgia habla del Dios que adoramos y de nosotros, el pueblo que lo adora. La acción litúrgica es drama, imagen, símbolo, reflejo, que comenzar por la manera como organizamos el espacio, como localizamos a las personas (y Tiago lo advierte enfáticamente: Tg 2, 1-13), cómo distribuimos las tareas y los ministerios; por los símbolos que privilegiamos y los himnos que catamos, por el formalismo o la espontaneidad, la forma y el contenido del sermón... Cómo es grave pensar que pregonamos constantemente sobre la vida comunitaria (pedagogía de la palabra) y desde la infancia hasta la muerte hacemos que las personas se pongan de espaldas las unas a las otras, viradas apenas para quien preside el culto, la única figura que realmente tiene importancia (pedagogía de la realidad), reproduciendo así, en el espacio litúrgico el autoritarismo de las relaciones que el mundo nos impone (cf. Lc 22, 24-27). Ahora bien, la pedagogía de la realidad es siempre mucho más eficaz que la de las palabras.

5. El desafío de ser minoría

La historia ha mostrado cuán peligroso es para el Cristianismo convertirse en una religión de masas. Tenemos que tener bien clara la distinción entre ser un fenómeno cultural de masa y ser relevante, ser simplemente mayoría y ser minoría significativa. En el caso del Anglicanismo, creo que su vocación no es ser una Iglesia de la mayoría. En verdad, una propuesta espiritual e institucional de la Comunión Anglicana y de su “ethos” es algo bastante exigente. No es nada fácil ser anglicano: confiar más en el Espíritu que en la ley, confiar más en la libertad de las personas que en las limitaciones de la institución, confiar más en el poder de autorevelación de la Verdad que en los controles al “examen libre”, confiar más en el proceso pedagógico en vista de la maduración, que en la imposición de patrones y modelos, arriesgar las tensiones y el “desorden” en vez de dejarse atraer por la deshonestidad de un orden aparente; combinar liderazgo episcopal con la sinodalidad, mediante la cual se asocia el pueblo al gobierno de la Iglesia, autonomía con interdependencia, unidad con diversidad; articular en unidad, complementar al Catolicismo y al Protestantismo, dos principios frecuentemente

considerados como contradictorios... Además de eso, en realidad, somos una Iglesia pequeña y pobre, una íntima minoría en el continente. Al percibir cuán grande es nuestra vocación y cómo son inmensos los desafíos delante de nosotros, ¿cómo entonces hallaremos la manera de ser una presencia relevante en el seno de la Comunión Anglicana y entre nuestros propios pueblos?

Si somos pequeños y pocos, si nos debatimos en medio de tantas precariedades, sólo se nos abre un camino. Tenemos que ser personas altamente calificadas. Seamos minoría, pero minoría significativa. Poca gente que hable y proponga, pero palabras que valgan la pena escuchar. Poca gente que actúe, pero acción que se podrá ver como pequeñas señales de grandes cosas. Nuestra membresía tiene que madurar cada vez más espiritualmente, para ser fermento entre las denominaciones cristianas y en la sociedad por nuestra calidad espiritual que se traduzca, en la práctica, en un elevado patrón ético, tanto de ética personal, como sociopolítica. La formación teológica también tiene que ser prioridad número uno; es más, lo que indica claramente el actual Arzobispo de Cantuária como perspectiva para toda la Comunión. Nuestro cuadro tiene que estar compuesto por personas bien preparadas intelectualmente para ser profesionales competentes y personas que dispongan de categorías adecuadas para analizar y comprender la realidad social nacional e internacional, y listas para comprometerse con la formulación y el establecimiento de nuevos modelos para la sociedad. O sea, la *formación de cuadros*, en las más diversas áreas del saber y de la práctica, desde la espiritualidad hasta las más diversas profesiones y compromisos sociopolíticos, tiene que ser una de las prioridades más importantes para nosotros.

No es suficiente formar personas para la acción inmediata, es preciso también, con esmero, educar a personas con liderazgo, y espiritualmente sólidas e intelectualmente capaces de ayudar a la Iglesia a reflejar sus opciones y sus prácticas, y representarla en la sociedad. Eso en todas las esferas, desde la congregación local hasta a nivel provincial. El proceso de profundización espiritual y teológico no puede ser apenas preocupación por la formación del ministerio llamado “ordenado”, sino que debe permear todo el tejido de la Iglesia. ¡Qué triste espectáculo hemos dado al mundo, con escandalosos casos de corrupción financiera que han llegado hasta el episcopado en algunas provincias, así como la intolerancia de posiciones en la crisis actual que afecta el Anglicanismo mundial! Y la raíz de todo eso se encuentra, sin duda, en nuestra fragilidad espiritual y teológica.

Sólo una Iglesia que se preocupe por su propia educación tendrá miembros concientes de su pertenencia y convencidos de que están practicando, gente que “sabrán dar las razones de su esperanza” (1Pd 3, 15). No es sólo el clero el que tiene que estar bien formado teológicamente. Todo el pueblo debe disponer de instrumentos de profunda formación, evidentemente en la proporción y en la condición de cada persona. Ya no podemos confiar simplemente en la tradición, pues un hijo de anglicano no será necesariamente anglicano. Y tampoco pretendemos aprovecharnos de las fragilidades del pueblo para explotar de manera deshonestamente sus emociones y, así, “amarrarlo” a nosotros, como ha sucedido, desafortunadamente, entre grupos que se dicen cristianos. Nuestra Iglesia tiene que dedicarse, antes de todo, al estudio profundo de las Escrituras. Debemos volver a ser una Iglesia de mentalidad radicalmente bíblica, instruida en las Escrituras y examinándola con libertad, pero un “examen libre” que no sea mera opinión individual, sino un proceso de discernimiento comunitario, eclesial. Para eso, teniendo bien claro el triángulo hermenéutico que nos es peculiar: la Biblia leída e interpretada con relación a la Tradición (identidad eclesial e histórica), la Razón (la investigación científica y los desafíos de la sociedad) y la Experiencia de vida, ayer y hoy, lugar de formación del “sensus fidelium”. La deficiencia hermenéutica parece ser una de las causas de la crisis que atravesamos actualmente (cf. Sebastiao Armando GAMELEIRA SOARES, Reinventar a Vida: Missao de Dios, em Missao na Perspectiva de Lambeth 98, Partilha Teológica 8, Centro de Estudos Anglicanos-CEA, 1999, PÁG. 3 a 16).

Además de la profundización espiritual y teológica que está accesible a todo el pueblo, desde la escuela

dominical hasta los cursos de Teología, tenemos que preocuparnos por descubrir vocaciones laicas para el ministerio teológico. Esa es una de las vías más eficaces para superar el clericalismo. De hecho, la Iglesia es eminentemente una instancia de “producción simbólica”. Ahora bien, en ese caso, saber corresponde necesariamente a poder, cuando laicos y laicas “entienden” tanto de Iglesia como o los pastores y las pastoras. Además del compromiso con la acción apostólica mediante diversos servicios ministeriales, y en las tareas de liderazgo y gobierno, es decisivo que personas laicas se especialicen y tengan una autoridad efectiva en los campos de la investigación y la reflexión teológica. Ciertamente tendremos, con esto, una Iglesia menos clerical y la “agenda de la sociedad” tendrá aún más fuerza para imponerse y que se asuma como propia de la Iglesia: las cuestiones de la familia, de las diversas profesiones, los desafíos de la realidad social, política y cultural.

Si pretendemos dar una contribución original y significativa al conjunto de la Comunión Anglicana, a partir de nuestro contexto peculiar de la vida, es necesario que nuestras experiencias, una vez registradas y analizadas, puedan ser comunicadas. Sin embargo, registrar, analizar y comunicar son justamente los pasos de lo que se llama ciencia. Necesitamos, con urgencia tener en nuestra Iglesia personas del clero y del laicado, gente que se entregue en cuerpo y alma al ejercicio científico de la *Teología Pastoral*, para poder profundizar nuestras prácticas y comunicar nuestras conclusiones como don original a hermanas y hermanos de Comunión. Si no invertimos en la reflexión y la elaboración teológica, permaneceremos siempre subordinados, nunca superaremos la condición de Iglesia colonial. Vamos a continuar traduciendo del inglés y llamándolo “liturgia cristiana”... Habremos huido cobardemente del desafío y la responsabilidad que nos cabe de rehacer, en nuestra realidad vital, el proceso de inculturación que está en la propia raíz de lo que se entiende por Anglicanismo. Y nunca seremos respetados por la Sociedad que espera de nosotros una praxis – práctica y teoría – de la Palabra de Dios que sea relevante para sus problemas peculiares. ¡He aquí el desafío: *profundidad espiritual, capacitación teológica, originalidad pastoral!*

CONCLUSIÓN

Como se puede apreciar, los desafíos de la realidad son múltiples y variados. Se agravan aún más a medida que se agrava sobre los hombros de nuestros pueblos el peso del imperialismo. Estos son sólo algunos de ellos. Recordarlos, puede servir, quien sabe, para provocar el recuerdo de tantos otros, tal vez hasta más urgentes. Al final, lo que importa es que nunca nos debemos olvidar que, si son desafíos de la Realidad, son desafíos del mismo Dios, pues es en la verdad de lo real que Él se revela.

Los desafíos de Dios constituyen un llamado obligatorio para nosotros, son nuestra vocación (cf. Ex 3; Is 6; Jr 1). Y la vocación exige *respuesta*. Son nuestra *responsabilidad* histórica. Si fallamos, algo en la obra de Dios estará incompleto. “Misión terrible”, tremenda responsabilidad, pero, al mismo tiempo, indecible privilegio e inefable alegría poder participar de la edificación del Cuerpo de Dios en Cristo en este pedazo del universo que se llama nuestra querida América Afrolatindia.